

EL ALMA DEL HOMBRE BAJO
EL SOCIALISMO

Títulos originales: *The Soul of Man Under Socialism* (1891), *Mr. Whistler's Ten O'Clock* (1885), *The Relation of Dress to Art* (1885), *A Sentimental Journey Through Literature* (1886), *Mr. Pater's Imaginary Portraits* (1887), *The Critic As Artist* (1888), *Poetical Socialists* (1889), *Mr. Swinburne's Last Volume* (1889), *Mr. Pater's Last Volume* (1899), *A Defence of "The Picture of Dorian Gray"* (1890-1891), *The Rise of Historical Criticism* (1908), *English Renaissance of Art* (1882), *London Models* (1889)

© del texto: Oscar Wilde, 1882-1889

© de la traducción: J. Rafael Hernández Arias, 2022

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: julio de 2022

ISBN: 978-84-18741-51-7

Depósito legal: B 11673-2022

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Imagen de la cubierta: *Oscar Wilde* (2015), Graham Hall

Maquetación: Nèlia Creixell

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Impreso en La Torre de Claramunt

Este libro está hecho con papel proveniente de Suecia, el país con la legislación más avanzada del mundo en materia de gestión forestal. Es un papel con certificación ecológica, rastreado, de pasta mecánica y con un gramaje de 60 gr/m². Si te interesa la ecología, visita arpaeditores.com/pages/sostenibilidad para saber más.

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Oscar Wilde

**EL ALMA DEL HOMBRE
BAJO EL SOCIALISMO**

Prólogo, traducción y notas
de J. Rafael Hernández Arias

arpa

SUMARIO

| | |
|--|-----|
| PRÓLOGO | 9 |
| EL ALMA DEL HOMBRE BAJO EL SOCIALISMO | 17 |
| OCHO RESEÑAS | 59 |
| Las diez en punto de Mr. Whistler | 59 |
| La relación del vestido con el arte | 63 |
| Un viaje sentimental por la literatura | 68 |
| Los retratos imaginarios de Mr. Pater | 72 |
| El actor como crítico | 76 |
| Socialistas poéticos | 79 |
| El último volumen de Mr. Swinburne | 83 |
| El último libro de Mr. Pater | 87 |
| EN DEFENSA DE <i>DORIAN GRAY</i> (1890-1891) | 95 |
| Prefacio a <i>El retrato de Dorian Gray</i> | 116 |
| OTROS OPÚSCULOS Y CONFERENCIAS | 119 |
| La aparición de la crítica histórica | 119 |
| EL RENACIMIENTO INGLÉS DEL ARTE | 195 |
| MODELOS LONDINENSES | 227 |

PRÓLOGO

Pocos podrán imaginarse a un Oscar Wilde desempeñando las austeras labores de un «don» o catedrático en la Universidad de Oxford, restringido a actividades docentes y a la investigación académica, pero durante su juventud, y dado el talento que había desplegado en sus estudios y debido a su excelente dominio del griego, este destino no parecía tan insospechado. Su trayectoria, sin embargo, fue, como sabemos, muy distinta, aunque para el lector atento de sus obras sea ostensible el sólido sustrato humanístico que las nutre. En esta colección de ensayos nos proponemos descubrir una faceta un tanto olvidada del escritor irlandés, pero que también rezuma ingenio y una asombrosa erudición, nos referimos a aquellos ensayos, reseñas y textos varios en los que se manifiestan con mayor evidencia sus intereses históricos, filosóficos y estéticos.

La infancia de Wilde trascurrió entre la influencia celta de su origen irlandés y la afición por la literatura griega (ganó premios en sus años escolares), en ambos casos estimulado por su madre y por su padre, con quien emprendía excursiones arqueológicas. Su condición de irlandés le permitía, a su juicio, reclamar un parentesco con la cultura francesa (por el supuesto lado celta) y, por extraño que parezca, con la cultura

de la antigüedad griega. Aquí se hacía patente el influjo del romanticismo filohelenístico, del descubrimiento de Grecia como una esfera de la imaginación que ejercía de correctivo contra la preponderancia latina del siglo XVIII, más centrada en las virtudes civiles y menos en aspectos creativos y estéticos. El helenismo de Wilde se inspiró durante sus años juveniles en la obra del crítico e historiador J. A. Symonds, autor de *Studies of the Greek Poets*, quien invocaba la serenidad griega para afrontar los problemas del mundo. En su programa cultural se incluían medidas como rescatar la moralidad griega, el eros entre hombres, o vivir de acuerdo con la propia naturaleza de cada uno. Wilde, que participaría en un viaje arqueológico a Grecia, sería uno de los miembros fundadores de la Hellenic Society.

En la obra de Wilde se hace patente su deuda con la ética de Aristóteles, de su eudaimonía, que lo ayudó a tejer la urdimbre de los problemas éticos y morales de sus personajes, de ahí su enojo cuando vio los malentendidos que suscitó *El retrato de Dorian Gray*, pues se ignoró por completo el fundamento filosófico del que surgía el argumento y se tildó de inmoral. Su obra, en efecto, recreaba en la ficción el análisis aristotélico de los distintos caracteres humanos. Para Wilde, la ética aristotélica constituía un manual práctico para formar la propia alma; más que una ética era un compendio para formar el carácter.

En el libro séptimo de la *Ética a Nicomaco*, Aristóteles describe a un hombre que se limita a sí mismo, *egkrates*, mientras que su contrario, *akrates*, actúa desenfrenado y sin moderación alguna. *Akrates* se asocia, asimismo, con *malakia*, afeminamiento y con *tsyphe*, goce de la vida sensual y voluptuosidad. El hombre sin dominio de sí mismo obrará, en virtud de su inclinación, contra toda reflexión, y demuestra una clara falta de dominio sobre sí mismo cuando sus acciones se ven determinadas por sus deseos. Así, el hombre que no sabe dominarse comete in-

justicias, ya que actúa impulsado por sus apetitos. En cambio, el hombre *sofron*, es moderado y prudente, siempre comedido y constante. Ahora bien, el *akrates*, aunque hace cosas perjudiciales, no las hace intencionadamente, sino solo cuando no puede resistir el deseo y la pasión instantáneas; él sabe que actúa mal, de alguna manera contra su voluntad y mejor entender. El deseo lo ha obligado a apartarse en su conducta de lo que es razonable y bueno, mientras que el hombre que es *akolastos* actúa mal intencionadamente. Él es tan vicioso que se pliega voluntariamente a sus apetitos. Por su parte, el hombre que es *egkrates* tiene fuertes pasiones que le quieren apartar de la razón, pero las tiene sometidas a su voluntad.

A la *ekrateia* corresponde la capacidad de limitar los deseos mediante el uso de la razón, e implica estar siempre preparado para controlar el placer y soportar los tormentos que la naturaleza nos tiene dispuestos. Aristóteles, sin embargo, afirma que el *akolastos* es incurable (*aniatos*), ya que persigue el exceso de placer por propia decisión. El factor psicológico del arrepentimiento es, según Aristóteles, el signo más claro de que el *akrates* posee una mejor disposición ética que el *akolastos*. Que el primero esté en disposición de sentir arrepentimiento significa que es consciente de que sus acciones y comportamientos no corresponden a sus verdaderas convicciones y que anhela cambiar su modo de vida. Para el *akolastos*, su corrupción moral es tan extremada, que no puede llegar a la comprensión clara de que tiene que modificar algo importante en su existencia, si pretende salir de su estado de depravación, de ahí que Aristóteles afirme su carácter incurable.

En la obra de Wilde se constata su clara aversión a la crítica alemana de la tragedia griega, muy hostil a la obra de Eurípides, como también se aprecia en Nietzsche; Wilde, por el contrario, celebra a ese autor griego como el gran humanista de Hellas, el *cor cordium* de la antigüedad, de quien en los tiempos modernos se puede ganar alguna libertad del alma;

para Wilde, Eurípides, a diferencia de Sófocles, poseía un vínculo con el mundo moderno.

Entre los ensayos más sugerentes y peregrinos de Wilde destaca *El alma del hombre bajo el socialismo*, escrito a propuesta del nuevo editor de la *Fortnightly Review*, Frank Harris, en febrero de 1891. El nuevo editor quería dar un giro a la revista e incluir más temas controvertidos y polémicos. De Wilde se solicitaba una pieza provocadora y, en efecto, no solo aportó un ejercicio retórico de lo más paradójico, una pieza de la más exquisita frivolidad, sino que continuó el diálogo emprendido con el mundo griego en otras de sus obras, no en vano el ensayo termina con el enigmático: «El nuevo individualismo es el nuevo helenismo».

Pero su etapa socialista o anarquista fue tan fugaz como otros muchos de sus caprichos, lo que no impide que el opúsculo del que nos ocupamos aquí, de un socialismo muy poco convencional, como veremos, sea una pieza peculiar del genio creativo de Oscar Wilde. Su interés por el socialismo incipiente se inició en torno al año 1888, y lo compartió con su esposa: Constance. Este entusiasmo efímero lo llevó a trabar amistad con el controvertido diputado escocés R. B. Cunninghame Graham y su mujer, la poeta (supuestamente de origen chileno-francés) Gabriela de la Balmondière; ambos devotos seguidores de la causa socialista, aunque ella defendiera un socialismo teñido fuertemente de catolicismo. Graham era un aristócrata aventurero, con sangre española, por lo que también se le conocía como Don Roberto, que se convirtió al socialismo y mantuvo una estrecha amistad con Engels.

Wilde también fue amigo de un poeta anarquista: John Barlas, a quien incluso apoyó económicamente («he hecho lo mismo que usted hubiera hecho por mí», le escribió Oscar Wilde en respuesta a su agradecimiento, «nosotros, los poetas y los soñadores, somos todos hermanos»). Barlas, por cierto, murió en un manicomio en 1914. En cualquier caso, la fiebre so-

cialista de Wilde había remitido considerablemente al año siguiente, y para disculparse dirigió una carta a la esposa de Cunninghame en la que decía: «¿Qué va a ser de un hedonista indolente como yo si el socialismo y la Iglesia católica unen sus fuerzas contra mí? Prefiero mantenerme apartado y mirar, sin estar ni a favor de Dios ni de sus enemigos».

El socialismo y el anarquismo con los que simpatizó ocasionalmente Oscar Wilde tenían muy poco, o nada que ver con el socialismo marxista o con el anarquismo violento o radical de un Bakunin o de un Stirner. Su opúsculo, en el que en realidad defiende lo que podríamos llamar un individualismo social, se nutría sobre todo de las ideas propugnadas por William Godwin (1756-1836) —marido de la feminista Mary Wollstonecraft y padre de Mary Shelley—, autor de la obra *Enquiry concerning political justice*, en la que desarrolla la utopía de una futura sociedad justa de individuos libres. Esta sociedad se basa en dos principios fundamentales: la igualdad de todos los seres humanos y la capacidad de cada uno de ellos para formarse un juicio particular. El camino hacia esta sociedad no admite la violencia y, aunque se ha de producir una redistribución de la propiedad privada, esta no se prohíbe. La sociedad del futuro constará de seres humanos independientes, soberanos, amantes de la soledad, cuyo único criterio en su actuación será la utilidad, definida como la mayor felicidad para el mayor número de personas. En novelas como *Las aventuras de Caleb Williams* se dedicó, en cambio, a señalar los males de la sociedad de su tiempo.

Otra de las fuentes de Wilde es el príncipe Kropotkin (1842-1921), noble ruso representante de lo que se ha clasificado como anarquismo colectivista y que intentó dar una fundamentación científica al anarquismo. Para ello se distanció del darwinismo social de un Huxley, estableciendo que el éxito de la evolución no dependía tanto de la lucha por la existencia como de la solidaridad entre los ejemplares de una misma

especie. Influido por Jean-Marie Guyau, creía en la vigencia de una moral sin religión, deducida del concepto de la vida, mediante la cual se lograba reconciliar el egoísmo y el altruismo.

Es evidente que el texto de Wilde se integra en el género utópico, en él se proyecta el socialismo ideal para el artista, surgido de la noción (en sí paradójica) de que el sometimiento a un colectivo generará un nuevo individualismo, por el cual el Estado no interferirá en la vida de sus ciudadanos y aún menos en la del artista, que gozará de una libertad completa. Esto nos recuerda un poco a esa fase final del socialismo marxista, cuando la dictadura del proletariado dé paso a una sociedad sin clases y sin Estado, en la que el individuo pueda dedicarse con plena libertad a lo que quiera, «hoy a esto y mañana a aquello, que pueda cazar por la mañana, pescar después de comer, criar ganado al atardecer y hacer crítica literaria a la hora de la cena, sin necesidad de convertirse en cazador, pescador, pastor o crítico».

Para Oscar Wilde (como para el Nietzsche de *El nacimiento de la tragedia*, con quien coincide en este aspecto sin que se tenga constancia de que lo hubiese leído) la cultura es lo más importante de la sociedad, como consecuencia de lo cual la política ha de tener como norte la cultura, establecer las condiciones ideales para que la cultura prospere. Y aquí, curiosamente, Oscar Wilde encuentra una solución muy similar a la de Nietzsche: el helenismo, el regreso a los griegos. Pero Wilde no se atreve a sacar las últimas consecuencias de este pensamiento y en el ensayo sigue prendado de un cristianismo difuso, al fin y al cabo, el problema que trata es el del «alma» dentro del socialismo, del alma del artista, por supuesto, intentando responder a la pregunta de cómo tendría que ser un Estado socialista que realmente estuviera al servicio del hombre creativo.

En los textos de este volumen que se ocupan de cuestiones artísticas y estéticas, se comprueba el interés de Oscar Wilde

por las ideas de personalidades académicas de su tiempo, como John Ruskin y Walter Horatio Pater, así como de William Morris, el promotor del movimiento artesanal y decorativo. Su insaciable curiosidad en estos ámbitos se plasmó en numerosas conferencias, sazonadas con sus habituales *bon mots*, aforismos extravagantes y sorprendentes epigramas. A esto se añade su profundo conocimiento de la obra de Shakespeare y su incomparable talento para convertir la erudición en el placer intelectual más ameno. No cabe duda de que, en virtud de lo expuesto, merece la pena conocer su faceta de ensayista y crítico, por más que no haya alcanzado tanta popularidad como la de dramaturgo y narrador, pues en ella se nos muestra el autor como lo que realmente era: un apasionado del conocimiento y de la herencia cultural europea.

J. RAFAEL HERNÁNDEZ ARIAS

EL ALMA DEL HOMBRE
BAJO EL SOCIALISMO
(1891)¹

La principal ventaja que resultaría de implantarse el socialismo es, indudablemente, el hecho de que el socialismo nos exonera-
ría de esa sórdida carga de tener que vivir para los demás, la cual,
en el presente estado de las cosas, abruma sobremanera a casi
todo el mundo. De hecho, apenas hay alguno que escape de ella.

De vez en cuando, en el curso del siglo, un gran hombre
de ciencia, como Darwin; un gran poeta, como Keats; un su-
til espíritu crítico, como Renan; un artista supremo, como Flau-
bert, han sido capaces de aislarse, de mantenerse al margen de
las pretensiones clamorosas ajenas, de permanecer «bajo la
protección del muro», como se expresa Platón, y así dar forma
a la perfección de lo que estaba en ellos, para su propio incom-
parable beneficio y para el beneficio incomparable y perdura-
ble del mundo entero. Estas, sin embargo, son excepciones. La
mayoría de las personas malgasta su vida con un altruismo in-
sano y exagerado, se ve obligada, en efecto, a malgastarla así.
Esas mismas personas se encuentran rodeadas por una po-
breza espantosa, por una fealdad espantosa, por un hambre

1 Publicado en la *Fortnightly Review*, número de febrero de 1891.

espantosa. Es inevitable que se sientan conmovidas por todo esto. Las emociones del hombre se avivan con más rapidez que la inteligencia del hombre, y como señalé hace algún tiempo en un artículo sobre la función de la crítica,² es mucho más fácil sentir simpatía por el sufrimiento que por el pensamiento. En consecuencia, esas mismas personas se ponen a la tarea, con admirables, aunque descaminadas intenciones, con gran seriedad y sentimentalismo, de remediar los males que ven. Pero sus remedios no curan la enfermedad, solo la prolongan. En realidad, sus remedios forman parte de la enfermedad.

Tratan de resolver el problema de la pobreza, por ejemplo, manteniendo a los pobres con vida; o, en el caso de una escuela muy progresista, entreteniéndolos a los pobres.

Pero esta no es una solución, es un agravamiento del problema. La meta propiamente dicha es intentar reconstruir la sociedad de tal modo que la pobreza sea imposible. Y las virtudes altruistas realmente han impedido que se alcance este propósito. Al igual que los peores propietarios de esclavos eran aquellos que se mostraban amables con sus esclavos, previniendo así que quienes sufrían la esclavitud se dieran cuenta del horror del sistema, y que se dieran cuenta quienes lo contemplaban, del mismo modo, en el presente estado de cosas en Inglaterra, las personas que causan más daño son aquellas que intentan hacer el mayor bien posible, encontrándonos al final con el espectáculo de hombres que realmente han estudiado el problema y conocido la vida, hombres educados que viven en el East-End,³ que

2 Wilde se refiere a su artículo «La verdadera función y el verdadero valor de la crítica: con algunas observaciones sobre la importancia de no hacer nada», publicado en dos partes en los números de julio y septiembre de 1890, en *Nineteenth Century*.

3 Wilde alude a una institución fundada por académicos de Oxford, y situada en Toynbee Hall, en la que se trataba de educar a las clases pobres suministrándoles conocimientos prácticos.

se presentan e imploran a la comunidad que frene sus impulsos altruistas de caridad, benevolencia y similares. Hacen esto con el fundamento de que dicha caridad degrada y desmoraliza. Tienen toda la razón. La caridad crea una multitud de pecados.

También hay que decir lo siguiente. Es inmoral emplear propiedad privada con objeto de aliviar los horribles males que resultan de la institución de la propiedad privada. Es ambas cosas: tanto inmoral como injusto.

Bajo el socialismo todo esto, desde luego, cambiará. No habrá gente viviendo en fétidos cubiles y vestida con fétidos harapos, criando niños enfermizos y hambrientos en entornos imposibles y absolutamente repulsivos. La seguridad de la sociedad no dependerá, como lo hace ahora, del tiempo que haga. Si cae una helada no tendremos a cien mil hombres en paro, vagando por las calles en un estado miserable o gimoteando a sus vecinos para que les den una limosna o amontonándose ante las puertas de detestables refugios para obtener un men-drugo, o asegurarse un sucio alojamiento nocturno. Todo miembro de la sociedad tendrá parte en la general prosperidad y felicidad de la sociedad y si cae una helada prácticamente nadie empeorará su situación.

Por otra parte, el mismo socialismo será valioso porque conducirá al individualismo.

El socialismo, el comunismo, o como cada cual prefiera llamarlo, al convertir la propiedad privada en riqueza pública, y al substituir la cooperación por la competencia, restaurará la sociedad a su estado propio de un organismo plenamente sano, y asegurará el bienestar material de cada uno de los miembros de la comunidad. De hecho, dará a la Vida su propia base y su propio entorno. Pero para el pleno desarrollo de la Vida hacia el máximo de perfección se necesita algo más. Lo que se necesita es individualismo; si el socialismo es autoritario; si hay gobiernos armados con poder económico como lo están ahora con poder político; si, en pocas palabras, vamos a tener tiranías

industriales, entonces el último estado del hombre será peor que el primero. En el momento presente, como consecuencia de la existencia de la propiedad privada, una gran cantidad de personas se ve capacitada para desarrollar una cantidad ciertamente muy limitada de individualismo. O bien no tienen necesidad de trabajar para vivir, o bien se les permite elegir la esfera de actividad que realmente les es congenial y les da placer. Estos son los poetas, los filósofos, los hombres de ciencia, los hombres de cultura, en suma: los hombres reales, los hombres que se han realizado a sí mismos y en los que la Humanidad obtiene una realización parcial. Por otra parte, hay mucha gente que, al no tener propiedad privada y al estar siempre al borde de la pura inanición, se ve obligada a hacer el trabajo de bestias de carga, a hacer un trabajo que le es completamente antipático, y al que se ve forzada por la tiranía perentoria, irrazonable y degradante de la necesidad. Estos son los pobres, y entre ellos no hay maneras refinadas, ni gracia en el hablar, ni civilización, ni cultura, ni refinamiento en los placeres, ni alegría en la vida. De su fuerza colectiva la Humanidad obtiene mucho en prosperidad material. Pero solo obtiene el resultado material, y el hombre que es pobre carece en sí mismo de cualquier importancia. Es meramente el átomo infinitesimal de una fuerza que, muy lejos de respetarlo, lo aplasta, ya que de esa manera es mucho más obediente.

Desde luego, se ha de decir que el individualismo generado bajo las condiciones de la propiedad privada no es siempre, ni siquiera por regla general, de un tipo sutil o maravilloso, y que los pobres, al no tener ni cultura ni cortesía, aún tienen muchas virtudes. Estas dos afirmaciones son completamente ciertas. La propiedad privada es con mucha frecuencia extremadamente desmoralizante, y esta es, desde luego, una de las razones por las que el socialismo quiere deshacerse de la institución. De hecho, la propiedad es realmente una molestia. Hace algunos años hubo gente que recorría el país diciendo que la propiedad tiene

deberes. Lo dijeron tan a menudo y de una manera tan tediosa que, al final, la Iglesia ha comenzado a decirlo. Ahora se oye desde todos los púlpitos. Es completamente verdad. La propiedad no es que tenga deberes, es que tiene tantos deberes que su posesión por un largo periodo se convierte en un fastidio. Envuelve infinitas pretensiones sobre uno, infinitas atenciones al negocio, infinitas preocupaciones. Si la propiedad simplemente provocara placeres, podríamos soportarla; pero sus deberes la hacen insoportable. En interés de los ricos hemos de deshacernos de ella. Las virtudes de los pobres se pueden admitir fácilmente, y se han de lamentar mucho. Se nos ha dicho con frecuencia que los pobres están agradecidos por la caridad. Muchos de ellos lo están, no cabe duda, pero los mejores de entre los pobres nunca están agradecidos. Están descontentos, son ingratos, desobedientes y rebeldes. Y tienen toda la razón para serlo. Sienten que la caridad es un modo ridículamente inadecuado de restitución parcial, o una dádiva sentimental, por lo general acompañada de algún intento impertinente por parte del hombre sentimental para tiranizar sus vidas privadas. ¿Por qué habrían de estar agradecidos por las migajas que caen de la mesa del rico? Deberían estar sentados a la mesa, y están comenzando a saberlo. Y en cuanto a lo de estar descontentos, un hombre que no estuviera descontento con tales entornos y con tan bajo nivel de vida sería un perfecto bruto. La desobediencia, a los ojos de quien ha leído la historia, es la virtud prístina del hombre. Es a través de la desobediencia que se ha progresado, a través de la desobediencia y de la rebelión. A veces se elogia a los pobres por ser frugales. Pero recomendar frugalidad a los pobres es tan grotesco como injurioso. Es como aconsejar a un hombre que se está muriendo de hambre que coma menos. Para un trabajador de la ciudad o del campo, practicar la frugalidad sería algo absolutamente inmoral. No se debería estar dispuesto a mostrar que se puede vivir como un animal mal alimentado. Debería rehusar a vivir así, y debería o robar o recurrir a la

beneficencia, lo cual es considerado por muchos como una forma de robo. En cuanto a mendigar, es más seguro mendigar que tomar, pero es más sutil tomar que mendigar. No: un pobre que es desagradecido, derrochador, que es rebelde y está descontento, probablemente sea una personalidad de verdad y tenga mucho en su interior. En cualquier caso, es una protesta saludable. En cuanto a los pobres virtuosos, se les puede compadecer, desde luego, pero es imposible admirarlos. Han pactado con el enemigo y han vendido sus derechos de nacimiento por un plato de lentejas. Así que deben de ser extraordinariamente estúpidos. Puedo entender muy bien que un hombre acepte leyes que protejan la propiedad privada, y admito su acumulación, siempre y cuando sea capaz él mismo de poner en práctica, bajo esas condiciones, alguna forma de vida bella e intelectual. Pero me parece casi increíble cómo un hombre cuya vida se ha echado a perder y es espantosa por culpa de esas leyes, pueda consentir en su continuidad.

Pero no es difícil encontrar la explicación. Es simplemente esta: que la miseria y la pobreza son tan absolutamente degradantes, y ejercen un efecto tan paralizador sobre la naturaleza de los hombres, que ninguna clase se hace realmente consciente de su propio sufrimiento. Otros se lo tienen que decir, y a menudo no los creen nada. Lo que dicen grandes empresarios contra los agitadores es incuestionablemente cierto. Los agitadores son una suerte de personas entrometidas e impertinentes que se dirigen a una clase satisfecha de la comunidad y siembran las semillas de la discordia entre sus miembros. Esta es la razón de por qué los agitadores son absolutamente necesarios. Sin ellos, en nuestro estado imperfecto no habría avance alguno hacia la civilización. La esclavitud no se prohibió debido a una acción por parte de los esclavos, ni siquiera por un deseo expreso por parte de esos esclavos de que deberían ser libres. Se suprimió solo por la conducta groseramente ilegal de ciertos agitadores en Boston y en otros lugares, que no eran ellos mismos esclavos,

ni propietarios de esclavos, y que en realidad no tenían nada que ver con la cuestión. Fueron, indudablemente, los abolicionistas los que encendieron la antorcha, quienes comenzaron el asunto. Y es curioso señalar que de los esclavos no solo recibieron poca asistencia, sino que incluso recibieron apenas simpatía; y cuando, al final de la guerra, los esclavos se vieron libres, se encontraron tan absolutamente libres como para morir de inanición, muchos de ellos lamentaron amargamente el nuevo estado de las cosas. Para el pensador, el hecho más trágico de toda la Revolución francesa no fue que María Antonieta fuera asesinada por ser una reina, sino que el campesino muerto de hambre de la Vendée se ofreciera voluntariamente a morir por la horrible causa del feudalismo.

Queda claro, por tanto, que ningún socialismo autoritario funcionará. Pues, aunque bajo el sistema actual un gran número de personas puede llevar unas vidas con una cierta porción de libertad y felicidad, bajo un sistema industrial y de barracas, o un sistema de tiranía económica, nadie podría tener esa libertad. Es de lamentar que una parte de nuestra comunidad deba estar prácticamente en esclavitud, pero proponer resolver el problema esclavizando a toda la comunidad es infantil. Todos los hombres han de disponer de libertad para elegir su propio trabajo. Sobre este aspecto no se debe ejercer ninguna coacción. Si se ejerce, el trabajo no será bueno para los hombres, no será bueno en sí mismo, y no será bueno para los demás. Y por trabajo entiendo simplemente una actividad, cualquiera que sea su índole.

Apenas puedo imaginarme que un socialista, en estos días, proponga seriamente que un inspector llame todas las mañanas en cada casa para comprobar que todo ciudadano se levanta y cumple con su trabajo manual durante ocho horas. La humanidad ha superado esa fase y reserva esa forma de vida para las personas que, de una manera muy arbitraria, decide llamar criminales. Pero confieso que muchas de las opiniones

socialistas con las que me he topado, me parecen contaminadas con ideas de autoridad, cuando no de efectiva coacción. Desde luego que autoridad y coacción son inaceptables. Toda asociación ha de ser voluntaria. El hombre solo se encuentra bien en la asociación voluntaria.

Pero se ha de preguntar cómo el individualismo, que ahora depende más o menos de la existencia de la propiedad privada para su desarrollo, se beneficiará con la abolición de dicha propiedad privada. La respuesta es muy simple. Es cierto que, bajo las condiciones existentes, unas cuantas personas que han tenido medios privados, como Byron, Shelley, Browning, Victor Hugo, Baudelaire, y otros, han sido capaces de desarrollar su personalidad de una manera más o menos completa. Ni una de estas personas hizo un solo día de trabajo a sueldo. Estaban libres de la pobreza. Tuvieron una inmensa ventaja. La cuestión estriba en si sería ventajoso para el individualismo que se quitara esa ventaja. Supongamos que se quita. ¿Qué pasa entonces con el individualismo? ¿Cómo se beneficiaría?

Se beneficiaría del modo siguiente. Bajo las nuevas condiciones el individualismo será mucho más libre, mucho más libre y mucho más intenso de lo que es ahora. No estoy hablando del gran individualismo efectuado en la imaginación de poetas como los que he mencionado, sino del gran individualismo efectivo que suele estar latente y en potencia en el género humano. Pues el reconocimiento de la propiedad privada realmente ha perjudicado al individualismo, y lo ha oscurecido, al confundir al hombre con lo que posee. Ha descarriado por completo al individualismo. No ha hecho del crecimiento y la ganancia su punto de mira. De modo que se pensó que lo importante era tener, y no se sabía que lo importante es ser. La verdadera perfección del hombre se encuentra, no en lo que el hombre tiene, sino en lo que el hombre es. La propiedad privada ha aplastado el verdadero individualismo y ha instaurado un individualismo que es falso. Ha privado a una parte de la comunidad de ser individual matándola de ham-

bre. Ha privado a la otra parte de la comunidad de ser individual al ponerla en el camino equivocado y al encumbrarla. En efecto, la personalidad del hombre ha quedado absorbida de una manera tan completa por sus posesiones que el derecho inglés siempre ha tratado los delitos contra la propiedad de un hombre con mucha mayor rigurosidad que los delitos contra su persona, y la propiedad sigue siendo la prueba de la plena ciudadanía. La laboriosidad necesaria para hacer dinero también es muy desmoralizante. En una comunidad como la nuestra, donde la propiedad confiere una inmensa distinción, la posición social, el honor, el respeto, los títulos, y otras cosas agradables de la misma índole, el hombre, siendo naturalmente ambicioso, se propone acumular esta propiedad, y continúa tediosa y fatigosamente acumulándola mucho después de haber conseguido tanta como necesita, o puede utilizar, o disfrutar, o tal vez incluso conocer. El hombre será capaz de matarse por exceso de trabajo con objeto de asegurar su propiedad, y realmente, considerando las enormes ventajas que conlleva la propiedad, apenas sorprende. Lo que hay que deplorar es que la sociedad se haya de construir sobre semejante fundamento, cayendo en un hábito en el que no puede desarrollar libremente lo que hay en ella de maravilloso, fascinante y encantador, por lo que renuncia al verdadero placer y a la verdadera alegría de vivir. Bajo las condiciones existentes, también está muy inseguro. Un comerciante enormemente rico puede estar —a menudo lo está—, en cada momento de su vida, a merced de acontecimientos que no están bajo su control. Si el viento sopla un poco más o un poco menos, el tiempo cambia de una forma súbita, u ocurre alguna cosa trivial, su barco puede hundirse, sus especulaciones fracasar, y puede acabar empobrecido, perdida su posición social. Ahora bien, nada debería ser capaz de dañar al hombre salvo él mismo. Nada debería ser capaz de empobrecer a un hombre. Lo que un hombre realmente tiene, es lo que está en él. Lo que está fuera de él debería ser un asunto sin importancia.

Con la abolición de la propiedad privada, tendríamos, por consiguiente, un individualismo verdadero, bello y saludable. Nadie desperdiciará su vida acumulando cosas y los símbolos de cosas. Uno vivirá. Vivir es lo más raro del mundo. La mayoría de la gente existe, eso es todo.

Hemos de preguntarnos si hemos visto alguna vez la plena expresión de una personalidad, excepto en el plano imaginativo del arte. En acción, nunca. César, dice Mommsen, era el hombre completo y perfecto. ¡Pero qué trágicamente inseguro era César! Dondequiera que haya un hombre que ejerza autoridad, hay un hombre que se resiste a la autoridad. César era muy perfecto, pero su perfección transitaba por un camino demasiado peligroso. Marco Aurelio era el hombre perfecto, dice Renan. Sí, el gran emperador era un hombre perfecto. ¡Pero cuán intolerables eran las infinitas reclamaciones que se le hacían! Se tambaleaba bajo la carga del imperio. Era consciente de cuán inadecuado era que un hombre soportara el peso de aquel titán y de un orbe tan vasto. A lo que yo me refiero cuando hablo de un hombre perfecto es a un hombre que se desarrolla bajo condiciones perfectas; a un hombre que no está herido, o preocupado, o tullido, o en peligro. La mayoría de las personalidades se han visto obligadas a ser rebeldes. La mitad de su fuerza se ha desperdiciado en la fricción. La personalidad de Byron, por ejemplo, se desperdició terriblemente en su batalla contra la estupidez, la hipocresía, el filisteísmo de los ingleses. Esas batallas no siempre intensifican la fuerza, a menudo exageran la debilidad. Byron nunca fue capaz de darnos lo que nos podría haber dado. Shelley salió mejor parado. Como Byron, salió de Inglaterra tan pronto como pudo. Pero no era tan conocido. Si los ingleses se hubieran dado cuenta de qué gran poeta era en realidad, habrían caído sobre él con uñas y dientes y le habrían hecho la vida imposible. Pero no era una figura destacada en la sociedad y, en consecuencia, escapó, hasta cierto punto. No obstante, incluso en Shelley la nota rebel-

de es a veces demasiado fuerte. La nota de la personalidad perfecta no es rebelión, sino paz.

La verdadera personalidad del hombre será, cuando la veamos, algo maravilloso. Crecerá de manera gradual y simple, como una flor, o como crece un árbol. No estará en discordia. Nunca discutirá o disputará. No probará cosas. Lo sabrá todo. Y, sin embargo, no se preocupará del conocimiento. Tendrá sabiduría. Su valor no se medirá con criterios materiales. No tendrá nada. Y, sin embargo, lo tendrá todo, y cualquiera que sea la cosa que se le quite, la seguirá teniendo, tan rico será. No estará siempre entrometiéndose en la vida de los demás, o pidiéndoles que sean como él. Los amará porque son diferentes. Y al no entrometerse, ayudará a todos, como un objeto bello nos ayuda siendo lo que es. La personalidad del hombre será maravillosa. Tanto como la de un niño.

En su desarrollo esa personalidad será asistida por la cristiandad, si los hombres lo desean; pero si no lo desean, se desarrollará, no obstante, con seguridad. Pues no se preocupará del pasado, ni le importará si las cosas ocurrieron o no. Tampoco admitirá otras leyes que no sean las suyas; ni una autoridad que no sea la propia. Sin embargo, amará a aquellos que intentaron intensificarla y hablará a menudo de ellos. Y Cristo fue uno de ellos.

«Conócete a ti mismo», estaba escrito en el portal del mundo antiguo. Sobre el portal del nuevo mundo se habrá de escribir «Sé tú mismo». Y el mensaje de Cristo al hombre era simplemente «sé tú mismo». Este es el secreto de Cristo.

Cuando Jesús habla de los pobres alude simplemente a personalidades, del mismo modo que cuando habla de los ricos alude simplemente a gente que no ha desarrollado su personalidad. Jesús vivió en una comunidad que permitía, como la nuestra, la acumulación de propiedad privada, y el evangelio que predicaba no era que en tal comunidad es una ventaja para el hombre vivir con comida escasa, malsana, llevar vestidos

harapientos e insanos, dormir en moradas insanas, y una desventaja vivir bajo condiciones saludables, agradables y decentes. Semejante visión de las cosas habría sido errónea tanto ahora como entonces, y desde luego sería tanto más errónea ahora y en Inglaterra; pues conforme el hombre se desplaza hacia el norte, las necesidades materiales de la vida se vuelven de una importancia más vital, y nuestra sociedad es infinitamente más compleja y despliega extremos mucho más acusados de lujo y pauperismo que cualquier otra sociedad del mundo antiguo. Lo que Jesús quiere decir es lo siguiente. Dijo al hombre: «Tienes una personalidad maravillosa. Desarróllala. Sé tú mismo. No imagines que tu perfección consiste en acumular o en poseer cosas externas. Tu perfección está dentro de ti. Si pudieras darte cuenta de ello, no desearías ser rico. A un hombre se le pueden robar las riquezas corrientes. Las riquezas reales, no. En la tesorería de tu alma hay un número infinito de cosas preciosas que se te pueden arrebatar. Así, trata de modelar tu vida de modo que las cosas externas no te dañen. E intenta también liberarte de la propiedad personal. Trae consigo preocupaciones sórdidas, infinita laboriosidad, continuos desaciertos. La propiedad personal impide el individualismo a cada paso». Se ha de señalar que Jesús nunca dice que gente empobrecida sea necesariamente buena, o gente rica necesariamente mala. Eso no habría sido cierto. Los ricos son, como clase, mejores que los pobres, más morales, más intelectuales, más educados. Solo hay una clase en la comunidad que piensa más en el dinero que la rica, y es la clase de los pobres. Los pobres no pueden pensar en otra cosa. Esa es la miseria de ser pobre. Lo que Jesús dice es que el hombre alcanza su perfección, no a través de lo que tiene, ni siquiera a través de lo que hace, sino enteramente a través de lo que es. Y así al joven acaudalado que viene a Jesús se le representa enteramente como un buen ciudadano, ya que no ha conculcado las leyes de su ciudad, ni los mandamientos de su religión. Es perfectamente res-

petable, en el sentido ordinario de esa extraordinaria palabra. Jesús le dice: «Deberías renunciar a la propiedad privada. Te impide alcanzar tu perfección. Es un lastre que tienes. Es una carga. Tu personalidad no la necesita. Es dentro de ti y no fuera de ti donde encontrarás lo que realmente eres y lo que realmente quieres». A sus amigos les dice lo mismo. Les dice que sean ellos mismos y que no se estén preocupando siempre de otras cosas. ¿Qué importan las otras cosas? El hombre es completo en sí mismo. Cuando salgan al mundo, el mundo diferirá de ellos. Eso es inevitable. El mundo odia el individualismo. Pero eso no les ha de preocupar. Tienen que mantener la calma y permanecer centrados. Si alguien toma su capa, le habrán de dar su camisa, solo para mostrar que las cosas materiales carecen de importancia. Si la gente les insulta, no han de responder. ¿Qué significa esto? Las cosas que la gente dice de una persona no cambian a la persona. Es la que es. La opinión pública carece de cualquier valor. Incluso si la gente emplea la violencia, no han de responder con violencia. Eso supondría descender a su nivel. Después de todo, incluso en prisión un hombre puede ser completamente libre. Su alma puede ser libre. Su personalidad puede mantenerse imperturbable. Puede estar en paz. Y, sobre todas las cosas, no interferirán con otra gente ni la juzgarán de cualquier modo. La personalidad es una cosa muy misteriosa. Un hombre no puede ser siempre juzgado por lo que hace. Puede cumplir la ley y, sin embargo, ser despreciable. Puede infringir la ley y, sin embargo, ser bueno. Puede ser malo sin haber hecho nunca algo malo. Puede cometer un pecado contra la sociedad y, sin embargo, darse cuenta por ese pecado de su verdadera perfección.

Hubo una mujer que fue sorprendida en adulterio. No se nos cuenta la historia de su amor, pero ese amor debió de haber sido muy grande, puesto que Jesús dijo que se le habían perdonado sus pecados, no por que se hubiese arrepentido, sino porque su amor era tan grande y maravilloso. Después, poco

antes de su muerte, mientras se sentaba en una fiesta, la mujer vino y derramó un costoso perfume sobre su pelo. Sus amigos trataron de interferir y dijeron que era una extravagancia, y que el dinero que costaba el perfume se podría haber empleado en caridad para aliviar a los necesitados, o en algo de esa índole. Jesús no aceptó su actitud. Señaló que las necesidades espirituales del hombre eran aún más grandes, y que, en un momento divino, para elegir su propio modo de expresión, una personalidad podría hacerse perfecta a sí misma. El mundo venera a esa mujer, incluso ahora, como a una santa.

Sí, hay cosas sugerentes en el individualismo. El socialismo aniquila la vida familiar, por ejemplo. Con la abolición de la propiedad privada, el matrimonio en su forma actual tiene que desaparecer. Este es parte del programa. El individualismo lo acepta y lo hace bueno. Convierte la abolición de la limitación legal en una forma de libertad que ayudará al pleno desarrollo de la personalidad, y hará del amor del hombre y la mujer algo más maravilloso, más bello y más ennoblecedor. Jesús lo sabía. Rechazó las pretensiones de la vida familiar, aunque existían en sus días y en su comunidad de una forma muy marcada. «¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos?», dijo cuando quisieron hablar con él. Cuando uno de sus seguidores le pidió permiso para irse y enterrar a su padre, «Deja que los muertos entierren a los muertos», fue su terrible respuesta. No permitiría ninguna pretensión, cualquiera que esta fuera, atinente a la personalidad.

Y así llevará una vida cristiana aquel que sea perfecta y absolutamente él mismo. Puede ser un gran poeta, o un gran hombre de ciencia; o un joven estudiante en una universidad, o alguien que cuida ovejas en el campo; o un autor de dramas, como Shakespeare, o un pensador sobre Dios, como Spinoza; o un niño que juega en un jardín, o un pescador que arroja su red al mar. No importa qué sea, en tanto que se dé cuenta de la perfección del alma que está en su interior. Toda imitación

en la moral y en la vida está mal. Por las calles de Jerusalén hoy se arrastra uno que está loco y lleva la cruz sobre sus hombros. Es un símbolo de las vidas que se truncan por la imitación. El padre Damien imitó a Cristo cuando se fue a vivir con los leprosos, porque con ese servicio mostró lo mejor que había en él. Pero no fue más imitador de Cristo que Wagner, cuando mostró su alma en la música; o que Shelley, cuando mostró su alma en la poesía. No hay un solo tipo de hombre. Hay tantas perfecciones como hombres imperfectos. Y un hombre puede ceder a las pretensiones de la caridad y, sin embargo, ser libre, pero nadie puede ceder a las pretensiones de conformarse y permanecer libre.

Así pues, individualismo es lo que vamos a lograr a través del socialismo. Como un resultado natural, el Estado debe renunciar a toda idea de gobierno. Debe renunciar porque, como un hombre sabio dijo muchos siglos antes de Cristo, hay tal cosa como la de dejar en paz a la humanidad, pero no hay tal cosa como gobernar al género humano.⁴ Todas las formas de gobierno han fracasado. El despotismo es injusto con todo el mundo, incluido el déspota, que probablemente habría servido para algo mejor. Las oligarquías son injustas para la mayoría, y las olocracias son injustas para las minorías. Una vez se pusieron muchas esperanzas en la democracia, pero la democracia solo significa la intimidación del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Se ha desenmascarado. He de decir que ya era hora, pues toda autoridad es completamente degradante. Degrada a quienes la ejercen y degrada a aquellos sobre quienes se ejerce. Cuando se emplea violenta, grosera y cruelmente produce un buen efecto al crear o, en cualquier caso, sacar a relucir el espíritu de revuelta y el individualismo que han de matarla. Cuando se emplea con cierta dosis de suavidad, y

4 Chuang Tsu.

se acompaña con premios y recompensas, es espantosamente desmoralizadora. La gente, en este caso, es menos consciente de la horrible presión que se está ejerciendo sobre ella, y así sigue con su vida con una suerte de ordinaria comodidad, como animales domésticos, sin nunca darse cuenta de que probablemente estén pensando los pensamientos de otros, viviendo según los criterios de otros, llevando prácticamente lo que se podría expresar como los trajes de segunda mano de otros, sin ser ellos mismos ni un solo momento. «El que quiera ser libre», dice un pensador sutil, «no tiene que conformarse».⁵ Y la autoridad, al sobornar a la gente para que se conforme, produce entre nosotros una índole muy grosera de barbarie sobrealimentada.

Sin autoridad, el castigo llega a su fin. Esto será un gran logro, un logro, ciertamente, de valor incalculable. Cuando uno lee historia, no en las ediciones expurgadas escritas para escolares y estudiantes conformistas, sino en las autoridades originales de cada época, uno se pone enfermo no por los crímenes que han cometido los malos, sino por los castigos que han infligido los buenos; y una comunidad se ve infinitamente más brutalizada por el empleo habitual del castigo que por la comisión ocasional de un crimen. De esto se sigue obviamente que cuanto más se aplique el castigo, tantos más crímenes se cometerán, y la legislación más moderna ha reconocido esto con claridad y se ha impuesto como tarea la disminución del castigo en la medida en que sea posible. Dondequiera que se ha disminuido, los resultados siempre han sido extremadamente buenos. Cuanto menos castigo, menos crimen. Cuando no haya castigo alguno, el crimen también dejará de existir, o, si surge, será tratado por médicos como una forma muy penosa de demencia, que habrá de ser cuidada con atención y benevolencia. Puesto que los que

5 Ralph Waldo Emerson.

son denominados hoy criminales en realidad no lo son de ningún modo. La inanición, y no el pecado, es el padre del crimen moderno. Esta es, ciertamente, la razón de por qué nuestros criminales carecen tan absolutamente de interés, como clase, desde cualquier punto de vista psicológico. No son Macbeths maravillosos ni terribles Vautrin.⁶ Son meramente lo que sería gente normal y respetable si hubiesen tenido lo suficiente para comer. Cuando la propiedad privada sea abolida, no habrá necesidad de cometer crímenes, desaparecerán. Por supuesto, no todos los crímenes son crímenes contra la propiedad, aunque dichos crímenes sean los que el derecho inglés, valorando más lo que un hombre tiene que lo que es, castiga con la más cruel y horrible severidad, si exceptuamos el crimen de asesinato, y consideramos la muerte como algo peor que la servidumbre penal, punto en el que nuestros criminales, según creo, disientirían. Pero, aunque un crimen no sea contra la propiedad, puede surgir por la miseria, la rabia, la depresión producidas por nuestro mal sistema de tenencia de propiedad, y así, cuando este sistema sea abolido, desaparecerá. Cuando cada miembro de la sociedad tenga suficiente para sus necesidades, y su vecino no se lo dispute, tampoco él tendrá interés en poner obstáculos a ningún otro. La envidia, que supone una importantísima motivación para cometer crímenes en la vida moderna, es una emoción estrechamente vinculada a nuestra concepción de la propiedad, y bajo el socialismo y el individualismo se extinguirá. Es digno de señalarse que en tribus comunistas la envidia es desconocida por completo.

Ahora bien, como el Estado no va a gobernar, habrá que preguntar cuál será el cometido del Estado. El Estado será una asociación voluntaria que organizará el trabajo, y será el productor y distribuidor de mercancías necesarias. El Estado habrá de hacer lo que es útil. El individuo hará lo que es bello. Y

6 Personaje de *La comedia humana*, de Balzac.

como he mencionado la palabra trabajo, no puedo evitar el decir que en nuestros días se han escrito y se han dicho una gran cantidad de tonterías sobre la dignidad del trabajo manual. No hay nada necesariamente digno en el trabajo manual, y la mayoría de dicho trabajo es absolutamente degradante. Es mental y moralmente ofensivo para el hombre hacer algo en lo que no encuentra placer, y muchas formas de trabajo son actividades privadas de placer, y deberían considerarse como tales. Barrer un cruce lleno de barro soplando el cierzo es una ocupación odiosa. Barrerlo con dignidad mental, moral o física me parece imposible. Barrerlo con alegría sería pasmoso. El hombre está hecho para algo mejor que para molestar a la suciedad. Todo el trabajo de esa índole debería hacerlo una máquina.

Y no tengo ninguna duda de que será así. Hasta el presente, el hombre ha sido, hasta cierto punto, el esclavo de la máquina, y hay algo de trágico en el hecho de que en cuanto el hombre inventó una máquina para hacer su trabajo, comenzó a morir de hambre. Esto, sin embargo, es, claro está, el resultado de nuestro sistema de propiedad y de nuestro sistema competitivo. Un hombre posee una máquina que hace el trabajo de quinientos hombres. Quinientos hombres son arrojados, en consecuencia, al desempleo, y sin trabajo padecen hambre y se dedican a robar. Un solo hombre asegura el producto de la máquina y lo retiene, y posee quinientas veces más de lo que debería poseer, y probablemente, lo cual es aún más importante, mucho más de lo que realmente necesita. Si esa máquina fuera propiedad de todos, cada uno se beneficiaría de ella. Sería una ventaja inmensa para la comunidad. Todo trabajo que no es intelectual, todo el trabajo monótono y aburrido, todo el trabajo que tiene que ver con cosas desagradables e implica condiciones molestas se debe hacer con maquinaria. La maquinaria debe trabajar por nosotros en las minas de carbón y hacer todos los servicios sanitarios y ser el fogonero de los vapores, y limpiar las calles, y llevar mensajes en días de lluvia,

y hacer todo lo que sea tedioso o duro. En el presente, la maquinaria compite contra el hombre. Bajo condiciones apropiadas la maquinaria servirá al hombre, y al igual que los árboles crecen mientras duerme el caballero con propiedad rural, del mismo modo, mientras la humanidad se esté entreteniéndose, o disfrutando de un ocio cultivado —pues esto, y no el trabajo, es la aspiración del hombre—, o haciendo cosas bellas, o leyendo cosas bellas, o simplemente contemplando el mundo con admiración y deleite, la maquinaria estará haciendo todo el trabajo necesario y desagradable. El hecho es que la civilización requiere esclavos. Los griegos tenían razón en esto. A menos que haya esclavos para hacer el trabajo desagradable, horrible o aburrido, la cultura y la contemplación se vuelven casi imposibles. La esclavitud humana es algo malo, inseguro y desmoralizante. El futuro del hombre depende de la esclavitud maquinal, de la esclavitud de la máquina. Y cuando los científicos no tengan la obligación de ir al deprimente East-End y distribuir un cacao malo y unas mantas aún peores a gente muriéndose de hambre, tendrán un ocio encantador en el cual inventar cosas magníficas y maravillosas para su propio placer y para alegría de todo el mundo. Habrá grandes depósitos de fuerza para cada ciudad, y para cada casa si se requiere, y el hombre convertirá esta fuerza en calor, luz o movimiento, conforme a sus necesidades. ¿Es esto utópico? Un mapa del mundo que no incluya Utopía no merece la pena mirarlo, pues excluye el único país en el que la humanidad siempre está desembarcando. Y cuando la humanidad desembarca en él, busca de nuevo y, al divisar un país mejor, zarpa. El progreso es la realización de las utopías.

Ahora bien, he dicho que la comunidad, por medio de la organización de la maquinaria, proporcionará las cosas útiles, y que el individuo se encargará de hacer las cosas bellas. Esto no solo es necesario, sino que es el único camino posible por el cual podemos hacer o una cosa o la otra. Un individuo que

tiene que hacer cosas para el empleo de otros, y con referencia a sus necesidades y a sus deseos, no trabaja con interés, y en consecuencia no puede poner en su trabajo lo mejor que tiene en su interior. Por otra parte, dondequiera que una comunidad o una sección poderosa de ella, o un gobierno, cualquiera que sea su índole, intente dictar al artista lo que tiene que hacer, el arte o desaparece por completo, o se torna estereotipado, o degenera en una forma vil e innoble de oficio. Una obra de arte es el resultado único de un temperamento único. Su belleza proviene del hecho de que el autor es lo que es. No tiene nada que ver con el hecho de que otra gente quiera lo que quiere. En efecto, en el momento en que un artista advierte lo que otra gente quiere e intenta cubrir la demanda, deja de ser un artista y se torna en un artesano aburrido o divertido, en un comerciante honrado o desaprensivo. Ya no puede pretender que se le considere un artista. El arte es el modo más intenso de individualismo que ha conocido el mundo. Me inclino a decir que es el único modo real de individualismo que el mundo ha conocido. El crimen, que, bajo ciertas circunstancias, puede parecer que crea el individualismo, tiene que tomar conocimiento de otra gente y preocuparse de ella. Pertenece a la esfera de la acción. Pero el artista solo, sin ninguna referencia con sus vecinos, sin ninguna interferencia, puede crear una cosa bella; y si no lo hace solo por su propio placer, no es de ningún modo un artista.

Y se ha de señalar que es el hecho de que el arte sea esta forma intensa de individualismo lo que hace al público intentar ejercer sobre él una autoridad que es tanto inmoral como ridícula, y tan corruptora como despreciable. No es del todo su culpa. El público siempre ha estado, en cada época, mal educado. Siempre está pidiendo que el arte sea popular, para complacer su falta de gusto, para halagar su absurda vanidad, para que le diga lo que ya se le ha dicho antes, para mostrarle lo que debería estar cansado de ver, para divertirle cuando se siente pesado después de una comida abundante, y para distraer sus

pensamientos cuando está hastiado de su propia estupidez. Ahora bien, el arte nunca debería intentar ser popular. El público debería intentar hacerse él mismo artístico. Es una gran diferencia. Si se le dijera a un científico que el resultado de sus experimentos, y las conclusiones a las que llega, habrían de ser de tal carácter que no perturbarían las nociones populares recibidas sobre el asunto, o no estremecerían el prejuicio popular, o no herirían la sensibilidad de gente que no sabe nada de ciencia; si se dijera a un filósofo que tiene el perfecto derecho a especular en las esferas más elevadas del pensamiento, a condición de que llegue a las mismas conclusiones que mantienen aquellos que nunca han pensado en ninguna esfera, pues bien, en ese caso en el día de hoy el hombre de ciencia y el filósofo estarían la mar de divertidos. Pero realmente ha sido hasta hace pocos años que tanto la filosofía como la ciencia han quedado sujetas a un poder popular brutal, de hecho, a la autoridad: la autoridad o la ignorancia general de la comunidad, o el terror y la avidez de poder de una clase eclesiástica o gubernamental. Por supuesto, nos hemos liberado en una gran medida de cualquier intento por parte de la comunidad, de la Iglesia o del Gobierno, de interferir en el individualismo del pensamiento especulativo, pero el intento de interferir en el individualismo del arte imaginativo aún persiste. En realidad, hace más que persistir: es agresivo, ofensivo y embrutecedor.

En Inglaterra, las artes que mejor han escapado son las artes por las que el público no siente ningún interés. La poesía es un ejemplo de lo que quiero decir. Hemos sido capaces de tener una poesía de calidad en Inglaterra porque el público no la lee y, en consecuencia, no influye en ella. Al público le gusta insultar a los poetas porque son individuales, pero una vez que los ha insultado los deja en paz. En el caso de la novela y del drama, artes en las que el público se interesa, el resultado del ejercicio de la autoridad popular ha sido absolutamente ridículo. No hay país que produzca una ficción tan mal escrita, unas obras

tan tediosas y vulgares en forma de novela, y piezas teatrales tan burdas, como Inglaterra. Tiene que ser así necesariamente. El estándar popular es de tal carácter que ningún artista puede satisfacerlo. Es al mismo tiempo muy fácil y muy difícil ser un novelista popular. Es muy fácil porque los requerimientos del público, en lo que concierne a argumento, estilo, psicología, tratamiento de la vida y de la literatura, están al alcance de la capacidad más nimia y de la mente menos cultivada. Es muy difícil porque el artista, para cumplir dichos requerimientos, tendría que hacer violencia a su temperamento, tendría que escribir, no por el placer artístico de escribir, sino para el entretenimiento de gente semieducada, y así se vería obligado a suprimir su individualismo, a olvidar su cultura, a aniquilar su estilo y a renunciar a todo lo que es valioso en él. En el caso del drama, las cosas están algo mejor: al público del teatro le gusta lo obvio, eso es cierto, pero no le gusta lo tedioso; y la comedia burlesca y la farsa, las dos formas más populares, son formas distintas de arte. Bajo condiciones burlescas o bufas se pueden producir unas obras encantadoras, y en la labor de esta índole al artista en Inglaterra se le da una gran libertad. Pero es cuando llegamos a las formas superiores del drama cuando vemos el resultado del control popular. Lo único que al público le disgusta es la novedad. Cualquier intento de extender el asunto del arte choca con el gusto del público; y, no obstante, la vitalidad y el progreso del arte dependen en gran medida de la continua extensión del tema. Al público le desagrada la novedad porque la teme. Representa para él un modo de individualismo, una pretensión por parte del artista de seleccionar su propio tema, y de tratarlo como prefiere. El público tiene toda la razón con su actitud. El arte es individualismo, y el individualismo es una fuerza perturbadora y desintegradora. Aquí yace su inmenso valor. Pues lo que intenta perturbar es la monotonía del tipo, la esclavitud de la costumbre, la tiranía del hábito, y la reducción del hombre al nivel de una máquina. En el arte, el público acep-

ta lo pasado, porque no puede alterarlo, no porque lo aprecie. Se traga a los clásicos, pero nunca los degusta. Los soporta como algo inevitable, y, como no los puede matar, los recita silenciosamente. Por extraño que parezca, aunque tampoco pueda extrañar según el punto de vista que se adopte, esta aceptación de los clásicos hace mucho daño. La admiración sin reservas de la Biblia y de Shakespeare en Inglaterra es, por ejemplo, a lo que me refiero. En lo que concierne a la Biblia, consideraciones de autoridad eclesiástica forman parte del asunto, de modo que no necesito extenderme sobre este aspecto.

Pero en el caso de Shakespeare es del todo obvio que el público realmente no ve ni las bellezas ni los defectos de sus obras. Si viera las bellezas, no pondría objeciones al desarrollo del drama; y si viera los defectos, tampoco pondría objeciones al desarrollo del drama. El hecho es que el público emplea a los clásicos de un país como un medio para comprobar el progreso del arte: degrada los clásicos a autoridades, los emplea como si fueran cachiporras con objeto de impedir la libre expresión de la Belleza en nuevas formas. Siempre está preguntándole a un autor por qué no escribe como otro, o a un pintor por qué no pinta como otro, ignorando por completo el hecho de que, si alguno de ellos hiciera algo similar, dejaría de ser un artista. Le desagrada en extremo una forma fresca de Belleza, y dondequiera que aparezca se enoja y confunde tanto que siempre emplea dos expresiones estúpidas: una es que la obra de arte es harto ininteligible, la otra que la obra es harto inmoral. Creo que con estas palabras quiere decir lo siguiente: cuando dice que una obra es harto ininteligible, quiere decir que el artista ha dicho o hecho una cosa bella que es nueva; cuando describe una obra como harto inmoral, quiere decir que el artista ha dicho o hecho una cosa bella que es verdadera. La primera expresión se refiere al estilo; la última, al asunto. Pero probablemente empleen las palabras de una manera muy vaga, como una plebe ordinaria emplearía ladrillos. No hay un solo poeta de verdad o autor en prosa de este siglo,

por ejemplo, a quien el público británico no haya conferido solemnemente diplomas de inmoralidad, y estos diplomas ocupan entre nosotros, en la práctica, el lugar que en Francia ocupa el reconocimiento por una Academia de las Letras, por lo cual, afortunadamente, se hace del todo innecesario el establecimiento de una institución semejante en Inglaterra. Por supuesto que el público es muy imprudente en su empleo de la palabra. Era de esperar que llamara a Wordsworth un poeta inmoral. Wordsworth era un poeta. Pero que llamara a Charles Kingsley un novelista inmoral es extraordinario. La prosa de Kingsley no era de muy buena calidad. No obstante, ahí está la palabra, y la emplea lo mejor que puede. Un artista, por supuesto, no se deja confundir por ella. El artista verdadero es un hombre que cree absolutamente en sí mismo porque es absolutamente él mismo. Pero puedo imaginarme que, si un artista produce una obra de arte en Inglaterra que sea reconocida de inmediato por el público en el mismo momento de su aparición, a través de su medio, que es la prensa pública, como una obra completamente inteligible y sumamente moral, habría que cuestionar seriamente si en esa creación ha sido realmente él mismo y, en consecuencia, si la obra no es completamente indigna de él y por lo tanto de segundo orden, o sin valor artístico alguno.

Tal vez, sin embargo, haya sido injusto con el público al limitarlo a tales palabras como «inmoral», «ininteligible», «extraño» e «insano». Hay otra palabra que emplea. La palabra es «mórbido». No la emplea con frecuencia. El significado de la palabra es tan simple que teme emplearla. No obstante, la emplea a veces y, de vez en cuando, uno se topa con ella en periódicos populares. Es, por supuesto, una palabra ridícula para aplicarla a una obra de arte. Porque qué es la morbosidad sino un estado de ánimo emocional o un modo de pensamiento que uno no puede expresar. Todo el público es mórbido, porque el público nunca puede encontrar la expresión para nada. El artista nunca es mórbido. Él lo expresa todo. Está fuera de su

asunto y a través de su medio produce efectos artísticos e incomparables. Llamar mórbido a un artista porque trata con la morbosidad como su asunto es tan estúpido como si uno llamara loco a Shakespeare porque escribió el *Rey Lear*.

En general, un artista gana algo en Inglaterra si lo atacan. Su individualidad se intensifica. Se torna más completamente él mismo. Desde luego, los ataques son muy vulgares, muy imperinentes y muy despreciables. Pero el artista no espera gracia de la mente vulgar, o estilo del intelecto suburbano. Vulgaridad y estupidez son dos hechos muy elocuentes en la vida moderna. Uno los lamenta, desde luego. Pero ahí están. Son objeto de estudio, como cualquier otra cosa. Y es justo afirmar, respecto a los periodistas modernos, que siempre se disculpan en privado por lo que han escrito contra uno en público.

He de mencionar que en los últimos años se han añadido otros dos adjetivos al vocabulario, muy limitado del abuso del arte, que está a disposición del público. Uno es la palabra «insano», el otro es la palabra «exótico». El último se limita a expresar la ira del hongo pasajero contra la inmortal, fascinante y exquisitamente encantadora orquídea. Es un tributo, pero un tributo sin importancia. La palabra «insano», en cambio, admite análisis. Se trata de una palabra con cierto interés. De hecho, es tan interesante que la gente que la emplea no sabe qué significa.

¿Qué significa? ¿Qué es una obra de arte sana o insana? Todos los términos que se aplican a una obra de arte, presuponiendo que se apliquen racionalmente, hacen referencia o a su estilo o a su asunto, o a ambos a la vez. Desde el punto de vista del estilo, una obra de arte sana es aquella cuyo estilo reconoce la belleza del material que emplea, ya sea ese material la palabra, el bronce, el color o el marfil, y ya emplee esa belleza como un factor en la producción del efecto estético. Desde el punto de vista del asunto, una obra de arte sana es aquella cuya elección del asunto está condicionada por el temperamento del artista, y proviene directamente de él. En suma, una obra de arte sana es

aquella que tiene las dos cosas: perfección y personalidad. Por supuesto que la forma y el contenido no se pueden separar en una obra de arte, siempre son una. Pero con objeto de realizar un análisis, y dejando de lado por el momento el todo de la impresión estética, los podemos separar intelectualmente. Una obra de arte insana, por otra parte, es una obra cuyo estilo es obvio, pasado de moda y vulgar, y cuyo asunto se ha elegido deliberadamente, no porque el artista encuentre algún placer en él, sino porque cree que el público le pagará por él. De hecho, la novela popular que el público llama sana siempre es una producción enteramente insana; y a lo que el público llama una novela insana siempre es una obra de arte bella y sana.

No necesito decir que ni por un momento me estoy quejando de que el público y la prensa pública empleen mal estas palabras. No veo cómo, con su incompreensión acerca de lo que es el arte, pueden emplearlas en su sentido propio. Me limito a señalar el empleo erróneo; y en cuanto al origen de dicho empleo erróneo, qué es lo que está detrás, la explicación es muy simple. Proviene de la concepción bárbara de autoridad. Proviene de la incapacidad natural de una comunidad, corrompida por la autoridad, para comprender o apreciar el individualismo. En pocas palabras, proviene de esa cosa monstruosa e ignorante que se llama «opinión pública», que por muy mala o bienintencionada que pueda ser cuando intenta controlar la acción, es infame y malintencionada cuando intenta controlar el Pensamiento o el Arte.

Lo cierto es que hay más que decir en favor de la fuerza física del público que en favor de la opinión pública. La primera puede ser buena. La segunda tiene que ser absurda. Se dice con frecuencia que la fuerza no es un argumento. Eso depende enteramente, sin embargo, de lo que uno quiere probar. Muchos de los problemas más importantes de los últimos siglos, tales como el de la prolongación del gobierno personal en Inglaterra, o el del feudalismo en Francia, se han resuelto

enteramente por medio de la fuerza física. La misma violencia de una revolución puede hacer al público magnífico y espléndido por un momento. Fue un día fatal cuando el público descubrió que la pluma es más poderosa que el adoquín, y puede convertirse en más ofensiva que el ladrillo. De inmediato se puso a buscar al periodista, lo encontró, lo desarrolló y lo convirtió en su industrioso y bien pagado siervo. Lo han de lamentar mucho, por ambas partes. Detrás de las barricadas puede haber mucho de noble y de heroico. ¿Pero qué hay detrás del editorial que no sea prejuicio, estupidez, hipocresía y patrañas? Y cuando estos cuatro aspectos se unen, forman una fuerza terrible y constituyen la nueva autoridad.

En el pasado los hombres tenían el potro de tortura. Ahora tienen la prensa. Esto es una mejora, no cabe duda. Pero sigue estando muy mal, es algo indebido y desmoralizante. Alguien —¿fue Burke?— llamó al periodismo el cuarto poder. Eso era verdad en aquel tiempo, no cabe duda. Pero en el momento presente es el único poder. Ha devorado a los otros tres. El Lord Temporal no dice nada, el Lord Espiritual no tiene nada que decir, y la Cámara de los Comunes no tiene nada que decir y lo dice. Estamos dominados por el periodismo. En América, el presidente reina durante cuatro años, y el periodismo gobierna por siempre jamás. Afortunadamente para América, el periodismo ha llevado su autoridad a los extremos más vulgares y brutales. Como una consecuencia natural, ha comenzado a crear un espíritu de rebelión. La gente se burla de él, o se muestra asqueada, de acuerdo con su temperamento. Pero ya no es la fuerza real que fue. No se toma en serio. En Inglaterra, el periodismo, sin haber llegado a esos excesos de brutalidad, salvo en algunos ejemplos bien conocidos, sigue desempeñando un gran papel, sigue siendo un poder realmente considerable. La tiranía que pretende ejercer sobre la vida privada de la gente me parece extremada. El hecho es que el público tiene una curiosidad insaciable por saberlo todo, excepto lo que merece la pena sa-

berse. El periodismo, consciente de esto, y al tener hábitos de tendero, satisface su demanda. En siglos anteriores al nuestro, el público clavaba las orejas de los periodistas a la picota. Eso era ya de por sí espantoso. En este siglo los mismos periodistas clavan sus orejas al ojo de la cerradura. Esto es mucho peor. Y lo que agrava el daño es que los periodistas, que son los más culpables, no son los periodistas graciosos que escriben para lo que se llama revistas de sociedad. El daño proviene del periodismo serio, reflexivo, que, como hace en el presente, pone solemnemente ante los ojos del público algún incidente en la vida privada de un gran hombre de Estado, de un hombre que es un líder del pensamiento político al igual que es un creador de fuerza política, e invita al público a discutir el incidente, a ejercer autoridad en el asunto, a dar sus opiniones, y no a dar meramente sus opiniones, sino a ponerlas en acción, a dictar al hombre sobre todas las demás cuestiones, a dictar a su partido, a dictar a su país, en definitiva, a ponerse él mismo en ridículo, de una manera ofensiva y dañina. La vida privada de hombres y mujeres no se debería contar al público. El público no tiene nada que ver con ella. En Francia estos asuntos se manejan mejor. Allí no se permite la publicación de los detalles de los juicios que se ventilan en los tribunales de divorcio para la diversión o la crítica del público. Todo lo que se permite que sepa el público es que se ha concedido el divorcio a petición de uno de los dos cónyuges. En Francia, de hecho, se limita el periodismo, y al artista se le permite una libertad casi completa. Aquí concedemos una libertad absoluta al periodismo y una enteramente limitada al artista. Hay que decir que el público inglés intenta constreñir, impedir y descarriar al hombre que hace cosas bellas y exige al periodista que venda cosas feas o repugnantes o nauseabundas, de modo que tenemos a los periodistas más serios del mundo y los periódicos más indecentes. No exagero al hablar de coacción. Es posible que haya algunos periodistas que encuentren un placer real en publicar cosas horribles, o que, siendo pobres, consideren los

escándalos como si formaran una suerte de fuente permanente de ingresos. Pero hay otros periodistas, de eso estoy seguro, hombres de educación y cultivados, que realmente no gustan de publicar esas cosas, que saben que está mal hacerlo y que solo lo hacen porque las condiciones insanas bajo las cuales desempeñan sus funciones los obligan a proporcionar al público lo que este quiere, y a competir con otros periodistas para hacer que ese apetito popular y grosero sea satisfecho de la manera más plena posible. Es una posición muy degradante para cualquier hombre educado, y no me cabe duda alguna de que la mayoría de ellos sufre por ello.

Pero dejemos lo que realmente es una faceta muy sórdida del tema y volvamos a la cuestión del control popular en el arte, con lo cual me refiero a la Opinión Pública dictando al artista la forma que ha de emplear, el modo en que ha de emplearla y los materiales con los que ha de trabajar. He señalado que las artes que mejor han escapado de esto en Inglaterra son aquellas en las que el público no se ha interesado. Ahora bien, está interesado en el drama, y como se ha producido un cierto avance en el drama en los últimos diez o quince años, es importante destacar que este avance se ha debido enteramente a unos pocos artistas individuales que han rechazado aceptar el gusto popular como su criterio, y que han rechazado considerar el arte como un mero objeto de demanda y suministro. Con su maravillosa y vívida personalidad, con un estilo que realmente posee un colorido genuino, con su poder extraordinario, Mr. Irving,⁷ si su única intención hubiese sido dar al público lo que

7 Sir Henry Irving (1838-1905), actor y director teatral, especializado en papeles shakespearianos. Sus producciones eran espectaculares y solía encargar el diseño de los decorados a artistas famosos de su época, como Edward Burne-Jones. Miembro del célebre Club Garrick, tuvo como agente teatral a Bram Stoker, el autor de *Drácula*.

quería, habría producido las obras más vulgares de la manera más vulgar, y habría conseguido tanto éxito y dinero como un hombre puede desear. Pero su intención no era esa. Su intención era la de lograr su propia perfección como artista, bajo ciertas condiciones y en ciertas modalidades artísticas. Al principio interesó a unos pocos, ahora ha educado a muchos. Ha creado en el público las dos cosas: gusto y temperamento. El público aprecia inmensamente su éxito artístico. A menudo me pregunto, sin embargo, si el público entiende que ese éxito se debe por entero al hecho de que no aceptó su criterio, sino que aplicó el suyo propio. Sin su criterio el Lyceum habría sido una suerte de barraca de segunda clase, como lo son en el momento presente algunos de los teatros populares de Londres. Lo entienda o no, el hecho, sin embargo, sigue ahí: que se ha creado, hasta cierto punto, el gusto y el temperamento en el público, y que el público es capaz de desarrollar estas cualidades. El problema entonces es el siguiente: ¿Por qué el público no se vuelve más civilizado? Si tiene la capacidad, ¿qué se lo impide?

Lo que se lo impide, hemos de repetirlo, es su deseo de ejercer autoridad sobre el artista y sobre las obras de arte. A ciertos teatros, como el Lyceum y el Haymarket, el público parece acudir con un estado de ánimo apropiado. En ambos teatros ha habido artistas individuales que han tenido éxito en crear en sus audiencias —y cada teatro londinense tiene su propia audiencia— el temperamento requerido por el arte. ¿Y cuál es ese temperamento? Es el temperamento de la receptividad. Eso es todo.

Si una persona se aproxima a una obra de arte con el deseo de ejercer autoridad sobre ella o sobre el artista, se aproxima con un espíritu que le impide recibir una impresión artística. La obra de arte ha de dominar al espectador, y no el espectador a la obra de arte. El espectador tiene que ser receptivo. Ha de ser el violín en el que el maestro va a tocar. Y cuanto más logre suprimir sus propios necios puntos de vista, sus propios

disparatados prejuicios, sus propias ideas absurdas de lo que debería ser o no debería ser el arte, con tanta más probabilidad entenderá y apreciará la obra de arte en cuestión. Esto es, claro está, de lo más obvio en el caso del público vulgar que va al teatro. Pero también es igualmente verdad de lo que llaman gente educada. Puesto que las ideas sobre el arte de una persona educada se nutren, naturalmente, de lo que el arte ha sido, mientras que la obra de arte nueva es bella al ser lo que el arte nunca ha sido; y medir esto con el criterio del pasado es medirlo con un criterio basado en el rechazo de aquello de lo que depende su perfección real. Un temperamento capaz de recibir, a través de un medio imaginativo, y bajo condiciones imaginativas, impresiones nuevas y bellas, es el único temperamento que puede apreciar una obra de arte. Y por muy cierto que esto sea en el caso de la apreciación de la escultura y de la pintura, aún es más cierto en la apreciación de un arte como el drama, dado que un cuadro y una estatua no están en guerra con el Tiempo. No toman en cuenta su sucesión. Su unidad se puede aprehender en un instante. En el caso de la literatura es diferente. Se ha de atravesar el tiempo antes de que se realice la unidad de efecto. Y así, en el drama, en el primer acto de la obra, puede ocurrir algo cuyo valor artístico real es posible que no sea evidente para el espectador hasta que se llegue al acto tercero o cuarto. ¿Acaso el tonto va a enojarse y a gritar y a interrumpir la obra y a molestar a los artistas? No. El hombre honesto se va a quedar sentado tranquilamente y conoce las emociones deliciosas de la sorpresa, la curiosidad y el suspense. No asiste a la obra para perder su temperamento vulgar. Va a la obra a realizar un temperamento artístico. Va a la obra a ganar un temperamento artístico. No es el árbitro de la obra de arte. Es alguien a quien se le ha admitido para contemplar la obra de arte, y, si la obra es buena, a olvidar en su contemplación todo el egotismo que le perjudica, el egotismo de su ignorancia, o el egotismo de su información. Este aspecto

del drama, según creo, no se ha reconocido lo suficiente. Puedo entender muy bien que, si *Macbeth* se hubiese representado por primera vez ante una audiencia moderna londinense, muchas de las personas presentes habrían objetado fuerte y vigorosamente la introducción de las brujas en el acto primero, con sus frases grotescas y sus palabras ridículas. Pero cuando la obra termina uno se da cuenta de que la risa de las brujas en *Macbeth* es tan terrible como la risa de la locura en *Lear*, y más terrible que la risa de Yago en la tragedia del Moro. Ningún espectador del arte necesita un estado de ánimo receptivo más perfecto que el espectador de una obra de teatro. El momento en que decide ejercer autoridad se vuelve el enemigo declarado del arte y de sí mismo. Al arte no le importa. Pero él es el que sufre por ello.

Con la novela ocurre lo mismo. La autoridad popular y el reconocimiento de la autoridad popular son fatales. El *Esmond* de Thackeray es una bella obra de arte porque la escribió para complacerse a sí mismo. En sus otras novelas, en *Pendennis*, en *Philip*, en *Vanity Fair*, es a veces incluso demasiado consciente del público y estropea su obra al apelar directamente a las simpatías del público, o al burlarse directamente de ellas. Un artista verdadero no toma en consideración alguna al público. Para él el público es como si no existiera. No tiene pasteles soporíferos o endulzados con los que dormir o alimentar al monstruo. Eso se lo deja al novelista popular. Un novelista incomparable que ahora tenemos en Inglaterra es George Meredith. Hay artistas mejores en Francia, pero Francia no tiene ninguno cuya visión de la vida sea tan amplia, tan variada, tan imaginativamente verdadera. Hay narradores de historias en Rusia que tienen un sentido más vívido de lo que puede ser el dolor en la ficción. Pero para ellos la filosofía pertenece a la ficción. Sus personajes no solo viven, sino que lo hacen en el pensamiento. Se les puede observar desde miríadas de puntos de vista. Son sugerentes. Hay un alma en ellos y a su alrededor. Son reveladores y

simbólicos. Y quien ha creado esas figuras maravillosas y ágiles, las ha creado por su propio placer y nunca le ha preguntado al público qué quería, nunca le ha importado saber qué quería, nunca le ha permitido al público que le dicte o lo influya de cualquier modo, sino que ha seguido intensificando su personalidad y produciendo su propia obra individual. Al principio nadie vino a él. No le importó. Luego unos pocos vinieron a él. Eso no lo cambió. Ahora han venido muchos más. Sigue siendo el mismo. Es un novelista incomparable.

Con las artes decorativas ocurre lo mismo. El público se aferra con una tenacidad realmente patética a lo que, yo creo, eran las tradiciones directas de la Gran Exposición de la vulgaridad internacional, tradiciones que eran tan pasmosas que las casas en las que vivía la gente solo eran para que los ciegos vivieran en ellas. Se comenzaron a crear cosas bellas, bellos colores salían de la mano del tintorero, bellos diseños del cerebro del artista, y se expuso el empleo de cosas bellas y su valor e importancia. El público se indignó. Perdió la compostura. Dijo cosas estúpidas. A nadie le importó. Nadie empeoró un ápice. Nadie aceptó la autoridad de la opinión pública. Y ahora es casi imposible entrar en cualquier casa moderna sin ver algún reconocimiento de buen gusto, algún reconocimiento del valor de encantadores entornos, algún signo de apreciación de la belleza. De hecho, las casas de la gente son, por regla general, bastante encantadoras en estos días. La gente se ha civilizado en gran medida. Pero es justo afirmar que el éxito extraordinario de la revolución en la decoración casera, en el mobiliario etc., no se ha debido a la mayoría del público desarrollando un gusto muy fino en esos asuntos. Se ha debido principalmente al hecho de que el artesano de objetos apreció tanto el placer de crear cosas que eran bellas, y despertó a una conciencia tan vívida de la fealdad y vulgaridad de lo que el público había querido con anterioridad, que simplemente rindió por hambre al público. En este momento presente sería

completamente imposible amueblar una habitación como se amueblaron habitaciones hace unos años, sin para ello tener que acudir a una subasta de muebles de segunda mano en una casa de huéspedes de tercera categoría. Esas cosas ya no se fabrican. No obstante, en el día de hoy aun hay quien pone objeciones a tener algo encantador en el entorno. Afortunadamente, su pretensión de autoridad en esta cuestión artística ha sufrido un serio quebranto.

Es evidente, por lo tanto, que toda autoridad en estos asuntos es mala. Las personas a veces se preguntan qué forma de gobierno es la más adecuada para que un artista viva en ella. Para esta pregunta solo hay una respuesta: La forma de gobierno que es más adecuada al artista es la carente de gobierno. La autoridad que ejerce sobre el artista y su arte es ridícula. Se ha afirmado que bajo despotismos los artistas han producido un arte magnífico. Esto no es del todo cierto. Hay artistas que han visitado a déspotas, no como súbditos para someterse a una tiranía, sino como creadores de maravillas, como fascinantes personalidades vagabundas, a quienes se regalaba y agasajaba y a los que se les permitiera crear en paz. Hay que decir en favor del déspota que, al ser un individuo, puede tener cultura, mientras que la plebe, al ser un monstruo, no tiene ninguna. Un emperador o un rey pueden agacharse a recoger un pincel para un pintor, pero cuando la democracia se agacha es solo para arrojar barro. Y, no obstante, la democracia no tiene que agacharse tanto como el emperador. De hecho, cuando quiere arrojar barro ni siquiera tiene que agacharse. Pero no hay necesidad de separar al monarca de la plebe: toda autoridad es igualmente mala.

Hay tres clases de déspotas. Está el déspota que tiraniza el cuerpo, el que tiraniza el alma y el que tiraniza los dos a la vez, el cuerpo y el alma. Al primero se le llama príncipe. Al segundo Papa. Al tercero se le llama pueblo. El príncipe puede ser culto. Muchos príncipes lo han sido. Pero en el príncipe hay un peligro. Uno piensa en Dante en la fiesta amarga de

Verona, o en Tasso y la prisión de Ferrara. Para el artista es mejor no vivir con príncipes. El Papa puede ser culto. Muchos papas lo han sido: los malos papas lo han sido. Los malos papas amaron la belleza, casi tan apasionadamente, no, con mucha más pasión que aquellos buenos papas que odiaron el Pensamiento. La humanidad debe mucho a la iniquidad del papado. La bondad del papado tiene una deuda terrible con la humanidad. Aunque el Vaticano haya mantenido la retórica de sus truenos y perdido el azote de sus rayos, para el artista es mejor no vivir con papas. Fue un papa quien dijo de Cellini en un cónclave de cardenales que ni el derecho común ni la autoridad común estaban hechos para hombres como él; pero fue también un papa quien arrojó a Cellini en una prisión y lo mantuvo allí hasta que enfermó de rabia y creó visiones irreales para sí mismo, y vio el sol dorado entrar en su habitación, y se enamoró tanto de él que intentó fugarse. Escaló una torre tras otra y, aquejado de vértigo al amanecer, se cayó y quedó lisiado. Fue cubierto con hojas de parra por un viñador que lo transportó en un carro a la casa de un amante de las cosas bellas que lo cuidó. Hay peligro en los papas. Y en cuanto al pueblo, ¿qué se puede decir de él y de su autoridad? Tal vez ya se haya hablado suficiente. Su autoridad es algo ciego, sordo, feo, grotesco, trágico, divertido, serio y obsceno. Para el artista es imposible vivir con el pueblo. Todos los déspotas sobornan. El pueblo soborna y embrutece. ¿Quién le ha dicho que ejerza autoridad? Se ha hecho para que viva, escuche y ame. Él mismo se ha echado a perder imitando a sus inferiores. Ha tomado el cetro del príncipe. ¿Cómo habría de emplearlo? Ha tomado la triple tiara del Papa. ¿Cómo habría de soportar su carga? Es como un payaso con el corazón roto. Es como un sacerdote cuya alma aún no ha nacido. Que todos los que aman la belleza se compadezcan de él. Aunque él mismo no ama la belleza, que se compadezca de sí mismo. ¿Quién le ha enseñado el truco del tirano?

Habría muchas más cosas dignas de señalarse. Podríamos señalar cómo el Renacimiento fue grande porque no intentó resolver ningún problema social y no se preocupó de esas cosas, sino que permitió que el individuo se desarrollara con libertad de una manera bella y natural, por lo que tuvo grandes artistas individuales, grandes hombres individuales. Se podría señalar cómo Luís XIV, al crear el Estado moderno, destruyó el individualismo del artista, e hizo cosas monstruosas en su monotonía repetitiva, así como despreciables en su conformidad con las reglas, y destruyó a través de Francia todas aquellas encantadoras libertades de expresión que habían renovado la tradición en la belleza, y que habían creado nuevas formas en armonía con las antiguas. Pero el pasado no importa. El presente no importa. Es el futuro lo que nos ocupa. Pues el pasado es lo que el hombre no debería haber sido. El presente es lo que el hombre no debería ser. El futuro es lo que son los artistas.

Se dirá, por supuesto, que un plan como el que hemos desplegado aquí es inservible y que va contra la naturaleza humana. Esto es totalmente cierto. Es inservible, y va contra la naturaleza humana. De ahí que merezca la pena aplicarlo, y por eso es por lo que lo propongo. Porque, ¿qué es un plan práctico? Un plan práctico es o un plan que ya existe, o un plan que se podría ejecutar bajo las condiciones existentes. Pero son precisamente las condiciones existentes las que nos negamos a admitir; y cualquier plan que pudiera aceptar dichas condiciones es malo y estúpido. Las condiciones se suprimirán y la naturaleza humana cambiará. Lo único que uno realmente sabe sobre la naturaleza humana es que cambia. De la única cualidad de la que se puede predicar es del cambio. Los sistemas que fallan son aquellos que confían en la permanencia de la naturaleza humana, y no en su crecimiento o desarrollo. El error de Luís XIV fue que creyó que la naturaleza humana siempre es la misma. El resultado de este error fue la Revolu-

ción francesa. Fue un resultado admirable. Todos los resultados de los errores de los gobiernos son de lo más admirable.

Se ha de señalar también que el individualismo no vendrá al hombre con una malsana palabrería sobre el deber, que significa meramente hacer lo que otra gente quiere porque lo quiere; ni con una palabrería espantosa sobre el autosacrificio, lo cual no es más que la supervivencia del rito salvaje de mutilarse. De hecho, vendrá al hombre sin exigencias ni pretensiones. Vendrá natural e inevitablemente del mismo hombre. Es el punto al que tiende todo desarrollo. Es la diferenciación hacia la que evolucionan todos los organismos. Es la perfección inherente a todo modo de vida, y hacia la cual se apresura todo modo de vida. Y así el individualismo no ejerce coacción alguna sobre el hombre. Por el contrario, le dice al hombre que no debería tolerar que se ejerza coacción alguna sobre él. No intenta forzar a la gente a que sea buena. Sabe que la gente es buena cuando se la deja en paz. El hombre desarrollará el individualismo desde sí mismo. El hombre está desarrollando ahora el individualismo. Preguntar si el individualismo es práctico, es como preguntar si la evolución es práctica. La evolución es la ley de la vida, y no hay evolución salvo hacia el individualismo. Donde no se exprese esta tendencia, es un caso de crecimiento reprimido artificialmente, o de enfermedad, o de muerte.

El individualismo también será altruista y natural. Se ha señalado que uno de los resultados de la tiranía extraordinaria de la autoridad es que el verdadero significado de las palabras se ve completamente distorsionado, y se emplean para expresar lo contrario de su significado correcto. Lo que es verdad acerca del arte, es verdad acerca de la vida. Hoy se dice de un hombre que es amanerado si viste como le gusta vestir. Pero al hacer esto está actuando de una manera perfectamente natural. El amaneramiento, en estos asuntos, consiste en vestirse conforme a los gustos del vecino, cuyos gustos, al ser los de la mayoría, probablemente sean de lo más estúpido. O a un

hombre se le llama egoísta si vive de una manera que a él le parece la más adecuada para el desarrollo pleno de su propia personalidad, si, de hecho, la meta principal de su vida es el desarrollo de sí mismo. Pero esta es la manera en la que todos deberían de vivir. Egoísmo no es vivir como uno desea vivir, es pedir a otros que vivan como uno desea vivir. Y el desinterés consiste en dejar en paz la vida de los demás, sin interferir en ella. El egoísmo siempre tiende a crear a su alrededor una uniformidad absoluta del tipo. El desinterés reconoce una variedad infinita de tipos como un aspecto encantador, la acepta, la consiente y disfruta. No es egoísta pensar por sí mismo. Un hombre que no piensa por sí mismo simple y llanamente no piensa. Es groseramente egoísta requerir a un vecino que piense de la misma manera y que comparta las mismas opiniones. ¿Por qué debería? Si puede pensar, probablemente pensará de una manera diferente. Si no puede pensar, es monstruoso requerir de él cualquier índole de pensamiento. Una rosa roja no es egoísta porque quiere ser una rosa roja. Sería horriblemente egoísta si quisiera que todas las demás flores del jardín fueran rosas rojas. Bajo el individualismo la gente será de lo más natural y absolutamente desinteresada, y sabrá el significado de las palabras, y las llevará a la realidad en su vida libre y bella. Los hombres tampoco serán egotistas como lo son ahora. Pues es el egotismo el que hace exigencias a los demás, y el individualista no deseará hacer eso. No le procurará ningún placer. Cuando el individualismo se haya implantado, también se implantará la compasión y se ejercerá libre y espontáneamente. Hasta el momento presente el hombre apenas ha cultivado la compasión. Solo tiene compasión con dolor, y compasión con dolor no es la forma suprema de compasión. Toda compasión es buena, pero compasión con sufrimiento es el nivel menos bueno. Está manchada de egotismo. Es susceptible de convertirse en enfermedad. En ella hay cierto elemento de terror por nuestra propia seguridad. Tememos que noso-

tros mismos pudiéramos ser como el leproso o el ciego y que nadie va a cuidar de nosotros. También es raramente limitada. Se debería simpatizar con la totalidad de la vida, no solamente con las penas y los males, sino con la alegría de vivir y la belleza y la energía y la salud y la libertad. La compasión más amplia es, desde luego, la más difícil. Requiere más desinterés. Cualquiera puede compadecerse de los sufrimientos de un amigo, pero simpatizar con el éxito de un amigo requiere una naturaleza sutil, requiere, de hecho, la naturaleza del individualista verdadero. En la moderna tensión generada por la competición y la lucha por más espacio, esa simpatía es naturalmente rara, y también queda asfixiada por el ideal inhumano de la uniformidad del tipo y por el sometimiento a las leyes que predomina en todas partes, y que tal vez sea más detestable en Inglaterra.

Por supuesto que siempre habrá compasión. Es uno de los primeros instintos del hombre. Los animales que son individuales, los animales superiores, por decirlo así, la comparten con nosotros. Pero se ha de recordar que mientras la participación en la felicidad intensifica la suma de felicidad en el mundo, la compasión no disminuye realmente la cantidad de dolor. Puede que haga al hombre más capaz de soportar el mal, pero el mal permanece. La compasión por la tuberculosis no cura la tuberculosis, esto lo hace la ciencia. Y cuando el socialismo haya resuelto el problema de la enfermedad, disminuirá el área de los sentimentales, y la compasión del hombre será más amplia, saludable y espontánea.

Pues será a través de la alegría como el individualismo del futuro se desarrollará a sí mismo. Cristo no hizo ningún intento de reconstruir la sociedad, y consecuentemente el individualismo que predicó al hombre solo podría realizarse a través del dolor o en soledad. Los ideales que debemos a Cristo son los ideales del hombre que abandona por completo la sociedad, o del hombre que resiste por completo a la sociedad. Pero el

hombre es naturalmente un ser social. Incluso la Tebaida terminó por poblarse. Y aunque el cenobita realiza su personalidad, a menudo la personalidad que realiza así es una personalidad empobrecida. Por otra parte, la terrible verdad de que el dolor es un medio por el cual el hombre puede realizarse a sí mismo, ejerció una maravillosa fascinación por todo el mundo. Oradores y pensadores triviales hablan a menudo desde púlpitos o plataformas sobre el culto del mundo al placer, y se quejan de él. Pero es raro en la historia del mundo que su ideal haya sido de alegría y de belleza. El culto al dolor ha dominado el mundo con mucha más frecuencia. La Edad Media, con sus santos y sus mártires, su amor a la propia mortificación del cuerpo, su salvaje pasión por herirse a sí mismos, sus cortes con cuchillos y sus flagelaciones: la Edad Media es el cristianismo real, y el Cristo medieval es el Cristo real. Cuando el Renacimiento alboreó en el mundo, y trajo consigo los nuevos ideales de la belleza de la vida y de la alegría de vivir, los hombres no podían entender a Cristo. Incluso el arte nos lo muestra. Los pintores del Renacimiento pintaban a Cristo como un niño jugando con otro niño en un palacio o jardín, o yaciendo en los brazos de su madre, sonriéndole a ella, o a una flor, o a un pajarillo; o como una noble y majestuosa figura moviéndose con hidalguía por el mundo; o como una figura maravillosa elevándose en una suerte de éxtasis de la muerte a la vida. Incluso cuando lo pintaron crucificado, lo pintaron como un Dios bello a quien hombres malos habían infligido sufrimiento. Pero él no les preocupaba mucho. Lo que les deleitaba era pintar a los hombres y a las mujeres a quienes admiraban, y mostrar la belleza de esta tierra magnífica. Pintaron muchos cuadros religiosos; de hecho, pintaron demasiados, y la monotonía del tipo y de los motivos es fatigosa, y fue mala para el arte. Fue el resultado de la autoridad del público en cuestiones artísticas, y esto es algo que se ha de deplorar. Pero su alma no estaba en el motivo. Rafael fue un gran artista cuando pintó su retrato del Papa. Cuando

pintó sus Vírgenes y sus Cristos de niño no fue grande en absoluto. Cristo no tenía mensaje para el Renacimiento, el cual fue maravilloso porque trajo un ideal que divergía del suyo, y para encontrar la representación del Cristo real hemos de ir al arte medieval. Allí lo encontramos torturado y desfigurado, desagradable de contemplar, porque la belleza es un placer; como alguien que no lleva un atavío bonito porque eso también podría ser un placer: es un mendigo con un alma maravillosa; es un leproso cuya alma es divina; no necesita ni propiedad ni salud; es un Dios que alcanza su perfección a través del dolor.

La evolución del hombre es lenta. La injusticia del hombre es grande. Fue necesario que se fomentara el dolor como un modo de autorrealización. Aun ahora, en algunos lugares del mundo, el mensaje de Cristo es necesario. Nadie que viva en la Rusia moderna puede alcanzar su perfección a no ser por el dolor. Unos cuantos artistas rusos se han realizado ellos mismos en el arte, en una ficción que es medieval en su carácter, ya que su nota dominante es la realización de los hombres a través del sufrimiento. Pero para aquellos que no son artistas, y para quienes no hay otro modo de vida que la vida actual de los hechos, el dolor es la única puerta a la perfección. Un ruso que viva feliz bajo el actual sistema de gobierno en Rusia ha de creer o que el hombre no tiene alma o que, si la tiene, no es digna de desarrollarse. Un nihilista que rechaza toda autoridad, porque sabe que la autoridad es mala, y que da la bienvenida a todo dolor porque a través de él realiza su personalidad, es un cristiano de verdad. Para él, el ideal cristiano es una cosa verdadera.

Y, sin embargo, Dios no se rebeló contra la autoridad. Aceptó la autoridad imperial del Imperio romano y pagó el tributo. Soportó la autoridad eclesiástica de la Iglesia judía y no respondió a la violencia con violencia. Como dije antes, no tenía un plan para la reconstrucción de la sociedad. Pero el mundo moderno tiene planes. Se propone abolir la pobreza y el sufrimiento que causa. Desea liberarse del dolor y del sufrimiento que

causa el dolor. Ha elegido el socialismo y la ciencia como sus métodos. Aspira a un individualismo que se exprese a sí mismo a través de la alegría. Este individualismo será más amplio, perfecto y magnífico que cualquier otro individualismo que haya habido. El dolor no es la forma definitiva de la perfección. Es meramente provisional y una protesta. Se origina en entornos malos, insanos e injustos. Cuando se supriman el mal, la enfermedad y la injusticia, dejará de existir. Habrá hecho su trabajo. Fue un gran trabajo, pero casi ha llegado a su fin. Su esfera se reduce cada día que pasa.

Y el hombre no lo echará de menos. Pues lo que el hombre ha buscado no es ni dolor ni placer, sino simplemente Vida. El hombre ha buscado vivir intensamente, con plenitud y perfección. Cuando pueda hacerlo así sin ejercer coerción sobre otros, o sin sufrirla, y todas sus actividades le sean placenteras, será más sano, fuerte, más civilizado, más sí mismo. El placer es la prueba de la naturaleza, su señal de aprobación. Cuando el hombre es feliz, está en armonía consigo mismo y con su entorno. El nuevo individualismo, a cuyo servicio está trabajando el socialismo, lo quiera o no, será una armonía perfecta. Será lo que los griegos buscaron, pero que, salvo en el pensamiento, no se pudo realizar por completo, ya que ellos tenían esclavos y los alimentaban; será lo que buscó el Renacimiento, pero que no pudo realizar por completo, salvo en el arte, ya que tenían esclavos y los mataban de hambre. Será completo, y a través de él cada hombre llegará a su perfección. El nuevo individualismo es el nuevo helenismo.